

Quinta Encuentro

Primer Testimonio

SU DELICADEZA Y FINO HUMOR

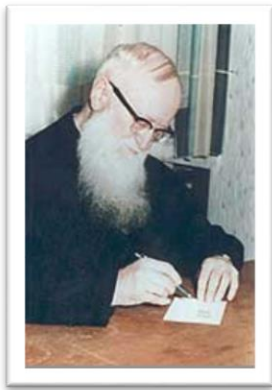
RODOLFO VILLALÓN, chileno, ingeniero civil. Cursó estudios de especialización en U.S.A., en universidades de Delaware y Kentucky (1955 a 1961). Todos los años visitaba al P. Kentenich en Milwaukee. Padre de 8 hijos.

Era el último día en Milwaukee para las cuatro futuras novicias de las Hermanas Marianas. Esa tarde partían a Madison a iniciar su Noviciado. ¡Qué ganas de estar con el Padre y que él les diera una plática de despedida! Pero sabían que eso era imposible porque tenía prohibición de hacerlo. Pero al menos tendrían ocasión de verlo porque habían conseguido que él fuera al Santuario: pocos minutos antes de la partida ellas estarían allí esperándolo y al menos podrían rezar juntas a la Mater en ese día tan importante para ellas. Y también era un día importante para el Padre pues ese día cuatro pequeñas Marías ingresaban al Instituto regalón.

Por uno de esos regalos de la Mater tuve oportunidad de estar en el Santuario cuando esto ocurría. Las futuras novicias rezaban, silenciosamente, mientras lo esperaban. Puntualmente entró al Santuario y se arrodilló frente al altar. No dijo nada en voz alta, pero las novicias y yo sentíamos la poderosa súplica que el Padre hacía a la Mater por cada una de ellas. Fue una plática silenciosa en la que hablaban los corazones: el de la Mater, el del Padre, el de las novicias y . . . el mío, que sin imaginarlo presenciaba ese maravilloso encuentro de corazones. Después se levantó y volviéndose hacia nosotros nos dio la bendición.

Las novicias salieron y subieron al auto que las esperaba en la parada de autos próxima al Santuario. El motor estaba en marcha, pero ellas esperaban... Salió el Padre y sonriendo caminó hacia el auto. El momento de la partida había llegado. El Padre sacó un albo pañuelo del bolsillo y abriéndolo lo agitó sonriente en señal de despedida. El auto aún detenido, el Padre agitando su pañuelo, las novicias con sus ojos llenos de lágrimas, formaban una escena como las que uno seguramente debe gozar en el paraíso. Pero en ese momento ocurre lo inesperado. El Padre pasa su pañuelo a la novicia que está sentada al lado de la ventanilla en el asiento delantero y le indica que seque con él sus lágrimas; ella lo hace e intenta devolvérselo, pero él con un gesto

sonriente le dice que lo guarde. Deja pasar unos segundos, justo los necesarios para que las otras tres novicias alcancen a pensar que su compañera es la más afortunada del mundo. En seguida saca de su bolsillo tres albos pañuelos más y se los entrega una por una, dejándolas a todas radiantes de felicidad. El auto parte y cuatro blancos pañuelos se agitan desde el interior y las ventanillas, mientras el Padre agita su mano. Fue la plática y despedida más hermosa que pudieron haber tenido.



Después de haber leído en común el testimonio dejamos un momento de silencio para que cada uno medite el mensaje que hoy Dios nos quiere regalar a través de esta vivencia.

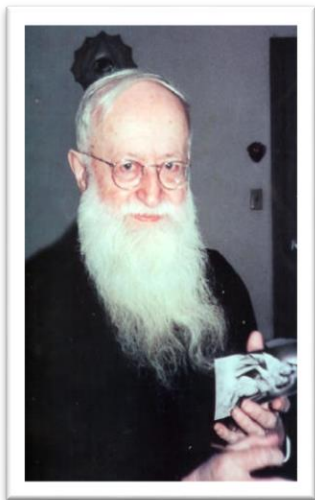
Queremos que estos mensajes de la vida sean un instrumento, un cuaderno de diálogo del Padre Kantenich conmigo.

Es una carta personal de su vida que yo debo descubrir para mí como un camino de santificación.

Que despierta en mi todo lo leído

Qué me sugiere para la vida

Con qué frase o palabra resumo lo leído (fundamental)



Segunda Testimonio

ESTOS SON NUESTROS HIJOS

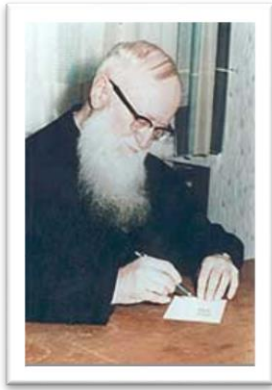
ALFREDO y ODETTE VALLENDOR, argentinos.
Miembros de la Obra Familiar.

Yo, Odette, hoy de cuarenta y cuatro años de edad —recuerdo el año 1947, cuando en una tarde de invierno, sentadas todas en el jardín de infantes de las Hermanas Marianas en Villa Ballester, la Hermana Úrsula nos relató la vida del Padre Kentenich, que estaba por llegar de visita a la Argentina. Aun estando preparadas, el impacto fue enorme. Me parecía tan majestuoso y sin embargo era tan paternal y bondadoso. Me tocó estar también unos días en Uruguay durante su visita, y pude observar que tenía la misma actitud hacia todas las personas.

El 18 de marzo de 1951 —antes de su exilio— volvió a pasar por Villa Ballester. No esperaba que me reconociera. Sin embargo, sin titubear nos saludó a Alfredo y a mí (ya estábamos casados y con Úrsula de 6 meses), preguntó, se interesó por lo nuestro. Al final le dio su bendición a Úrsula, lo que nos emocionó hasta lo más profundo porque en él todo era vivencia. Pasaron los años, el Padre en el exilio y nosotros en nuestra vida cotidiana. Le acompañábamos siempre en Espíritu, escuchando con todo el corazón cuando llegaban las escasas noticias sobre su persona. Hasta que llegó el gran día que la Mater nos había preparado: el reencuentro con el Padre allí en la tierra del exilio. No podíamos creer que iba a tener tiempo para nosotros, que éramos tan solo un matrimonio, uno de tantos del continente sudamericano. No creíamos que volvería a recordarnos. Sin embargo, al llegar a Milwaukee, el Padre Carlos nos comunicó por teléfono. Mi emoción fue tan grande que no recuerdo ni una sola palabra de lo hablado (Eran todas preguntas que fui contestando). A la mañana siguiente celebró la Misa en el Santuario. No puedo describir lo que sentí al verlo llegar, vestido para celebrar... era como si fuera de otro mundo... Más tarde pudimos saludarle personalmente. Qué felicidad, lo primero que hizo fue preguntar por los hijos. Le mostramos una foto, la tomó y exclamo:

"Das sind unsere Kinder" (estos son nuestros hijos). Lo dijo con tanta afirmación que hoy todavía le rezo y pido (con todas las preocupaciones que uno tiene por cada uno): "Padre, se trata de nuestros hijos". Y no nos ha abandonado ni una sola vez... El encuentro era risa, felicidad y felicidad... Así será, seguramente, un día en el cielo cuando veamos a nuestro Padre Celestial: no habrá sombras. Lo mismo experimentamos a la tarde cuando lo encontramos en el cementerio: ¡cuánta paternidad vivimos en esos breves instantes!

Así llegó el tercer día. Antes de partir volvimos al Santuario a fin de renovar con él todas las consagraciones que habíamos hecho en Argentina. Antes de nosotros había dos matrimonios portorriqueños. El Padre estaba arrodillado en el altar. Luego de escuchar su consagración, le pidió a la Mater por ellos con estas palabras: "Please, Mother" ("Por favor, Madre"). El Padre, un hombre anciano de cabellos blancos, con una larga vida tras de sí, pedía a la Madre con la dulzura de un niño y la seguridad del anciano, como si ella estuviese allí en persona, que aceptara a esos matrimonios. No es posible expresar con palabras lo que era ese cuadro. Después nos tocó el turno a nosotros. Tenía tiempo, no se apresuró, escuchó y le habló a la Mater pidiéndole por nosotros. Para él era esto tan importante como si nosotros fuéramos grandes personajes. Habló de nuestro pasado, de nuestros hijos, aceptó y le entregó a la Madre lo nuestro. Le agradeció a ella por todo lo que nos había dado. Allí hemos vivido la cercanía de la Mater como nunca lo habíamos hecho anteriormente. El Padre se mostraba tan Padre para con nosotros y tan hijo ante Ella. Después de darnos su providencial misión para nuestra Patria (llevar el Santuario Hogar) nos despedimos. Su "aufwiedersehen" (hasta la vista) fue dicho con tanta afirmación que estábamos seguros de volverlo a ver en nuestra patria. . . No ha sido así. Pero hoy estoy segura de que él nos espera en el cielo, y que no nos abandonará.



Después de haber leído en común el testimonio dejamos un momento de silencio para que cada uno medite el mensaje que hoy Dios nos quiere regalar a través de esta vivencia.

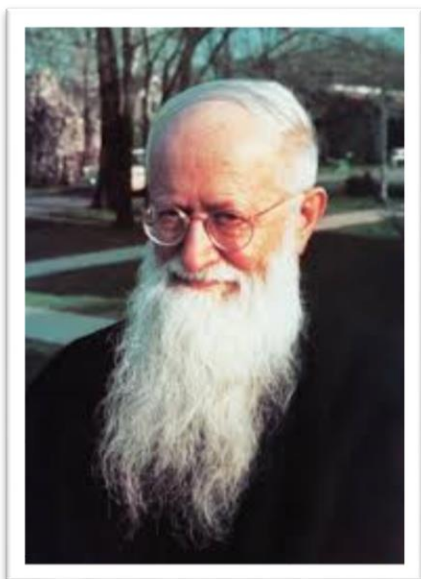
Queremos que estos mensajes de la vida sean un instrumento, un cuaderno de diálogo del Padre Kantenich conmigo.

Es una carta personal de su vida que yo debo descubrir para mí como un camino de santificación.

Que despierta en mi todo lo leído

Qué me sugiere para la vida

Con qué frase o palabra resumo lo leído (fundamental)



Tercer Testimonio

DEJO EN NOSOTROS UNA HUELLA MUY PROFUNDA

FERNANDO BOBENRIETH, chileno, ingeniero civil, jefe de la Oficina de Endesa en Nueva York, U.S.A. (ahora en Endesa - Chile) Profesor de la Escuela de Ingeniería de la Universidad de Chile.

MARTA K. DE BOBENRIETH, Dentista especialista en niños.

Lo visitamos en Milwaukee en el mes de julio de 1960, pocos días después de sus bodas de oro sacerdotales.

Fernando lo había conocido en Chile. Para Marta era su primer encuentro y se sentía muy preocupada no sólo por los problemas del idioma, sino especialmente por sentirse muy pequeña frente al Fundador con toda su grandeza y santidad. A los pocos segundos de conversar con él, sentimos una gran confianza y acogimiento, se sentía la sensación de estar frente a Dios Padre con el alma abierta, dispuesta a recibir de él. Especialmente Marta sintió esa confianza de haberlo conocido siempre. . .

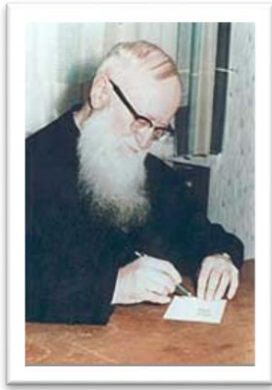
Llamaba la atención el auténtico y especial interés que mostraba por los problemas que le consultábamos, por pequeños que fueran. Analizaba cada consulta con gran profundidad y simplicidad y las conclusiones y consejos, después de escuchárselos, parecían evidentes y no entendíamos como podíamos haber tenido dudas sobre ellos. Sentíamos la impresión de estar junto a un ser muy superior, pero muy cercano, en el que se armonizaba lo natural con lo sobrenatural en forma perfecta.

Siempre en las reuniones que tuvimos con él en esa semana en Milwaukee dedicada al Padre, nos ofrecía galletas y dulces. Se preocupaba de nuestra naturaleza humana, y tenía un especial interés por la salud de Marta; él sabía que había sido sometida a unas operaciones hacía poco tiempo.

Nos habló mucho de la "Familia" como valor fundamental y nos indicaba que a su juicio no existía ningún trabajo tan importante que justificara sacrificar la Familia, y así nos ponía un ejemplo. Si a un padre de Familia se le ofrece un

alto cargo en la sociedad que puede tener grandes proyecciones apostólicas, pero que va a deteriorar su Familia en forma importante, no debe aceptar este cargo.

Al final de nuestra visita a Milwaukee nos ofreció regalos que él había recibido para sus bodas de oro. Fue una semana de gracias que dejó en nosotros una huella muy profunda.



Después de haber leído en común el testimonio dejamos un momento de silencio para que cada uno medite el mensaje que hoy Dios nos quiere regalar a través de esta vivencia.

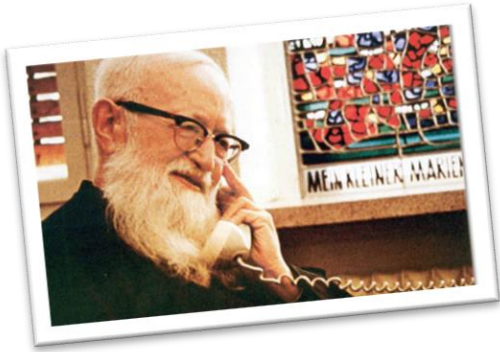
Queremos que estos mensajes de la vida sean un instrumento, un cuaderno de diálogo del Padre Kantenich conmigo.

Es una carta personal de su vida que yo debo descubrir para mí como un camino de santificación.

Que despierta en mí todo lo leído

Qué me sugiere para la vida

Con qué frase o palabra resumo lo leído (fundamental)



Cuarto Testimonio

NO QUEDE DEFRAUDADO

PEDRO Y. SANTOS, argentino, ingeniero mecánico, padre de 2 hijos

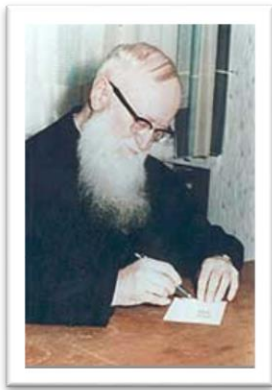
El 4 de mayo de 1965 llegué a Nueva York, en camino a Milwaukee, para visitar por primera vez al Padre Fundador. Nueva York era la estación forzosa de todo peregrino schoenstattiano y la impaciencia por conocer personalmente al Padre Kentenich desaparecía momentáneamente con el encuentro de una comunidad que vivía según los consejos y el ejemplo del Padre Fundador. En Brooklin me sentí acogido en una comunidad de hermanos. Fue allí donde una noche el P. Carlos Boskamp me dijo: "El Padre Kentenich está al teléfono". Me dio la bienvenida muy amablemente y yo le contesté con mi mejor alemán, que entendió. Cinco días después estaba en el Santuario de Milwaukee. Sentí una mano que se posaba en mi hombro: era el Padre.

Me invitó a acompañarlo a la Misa de los apatiner, inmigrantes de habla alemana provenientes de la Europa oriental. Ese fue mi primer encuentro con el Padre Kentenich. Tuve oportunidad de hablar varias veces con él y debo decir que, como buen ingeniero, yo medía todas sus palabras. Buscaba en el Padre Kentenich la autenticidad de un padre del cual había oído hablar muchas veces. Y no quedé defraudado.

Su persona me inspiró un gran respeto. Su actitud frente a los misterios que celebraba en la Santa Misa, la forma en que hablaba de Dios y de la Santísima Virgen me hicieron experimentar lo que es un sacerdote. Sus prédicas en la Iglesia de St. Michael a la colectividad alemana de Milwaukee fueron para mí un mensaje muy realista y fuerte. Nos hablaba de la Cruz, del dolor que nosotros los hombres tenemos que saber sobrellevar sin acobardarnos. Puedo decir que con su palabra y su ejemplo me mostró una actitud auténticamente cristiana de cómo debo afrontar la vida en unión con Cristo y con María. Me mostró también ideales por los cuales vale la pena luchar y sacrificarse, tales como el del hombre nuevo en la nueva comunidad y por lo tanto el nuevo orden social. Pero sobre todo aprendí de él a valorar la fidelidad como una de las virtudes más importantes del cristiano. Me aconsejó con sabiduría y sus consejos se vieron confirmados en mi vida. Me dio un ejemplo muy grande y una lección inolvidable que guardo para mí. Cuando le conocí estaba viviendo momentos muy difíciles, poco antes de que lo llamaran a Roma. Sin embargo, lo vi con una alegría que me pudo transmitir, lo vi preocupado por mi situación no solo espiritual sino también material. El mismo me hizo dar alojamiento.

Quiero decir aquí que al Padre Kentenich le debo mucho y ha sido la persona que más ha marcado mi vida, a pesar del tiempo relativamente corto que lo

pude tratar. Debo decir también que no me vinculó sólo a su persona, sino que me supo llevar más a un Dios personal que actúa en mi vida, a la Madre de Dios y a Jesús. Me hizo comprender vivencialmente el cristianismo auténtico, ese que toma la cruz para llegar al cielo.



Después de haber leído en común el testimonio dejamos un momento de silencio para que cada uno medite el mensaje que hoy Dios nos quiere regalar a través de esta vivencia.

Queremos que estos mensajes de la vida sean un instrumento, un cuaderno de diálogo del Padre Kantenich conmigo.

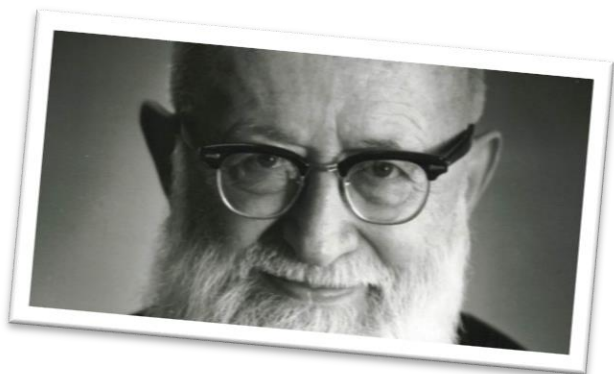
Es una carta personal de su vida que yo debo descubrir para mí como un camino de santificación.

Que despierta en mí todo lo leído

Qué me sugiere para la vida

Con qué frase o palabra resumo lo leído (fundamental)

Quinto Testimonio



EN EL PADRE KENTENICH HAS DADO UNA RESPUESTA AL MUNDO DE HOY...

BÁRBARA KAST RIST, julio 1950 – diciembre 1968, dirigente de la juventud femenina de Schoenstatt en Santiago (Chile).

Bárbara, no llegó a conocer personalmente al Padre Kentenich. Sin embargo llegó a tener una profunda vinculación con él. Su testimonio —entresacado del Diario de vida que escribiera preparándose a su Alianza de amor (8-12-1968)— es testigo elocuente de la misteriosa comunidad de destinos que une al Padre de la Familia con todos y cada uno de sus hijos.

Mater, ayúdame a ver bien mi misión específica en Schoenstatt porque sé que dentro de ella tengo una misión especial. Matercita, sé que va en la línea de ser generación fundadora, de tener tan dentro Schoenstatt que en mí puedan apoyarse muchas personas dentro del mismo Schoenstatt.

Quiero ser, Matercita, instrumento directo del Padre para su obra. El Padre desde el cielo sigue guiando y conduciendo su obra, por eso Mater quiero ser un instrumento directo en sus manos. Que pueda pedirme hasta lo último para su obra, que me sienta a su entera disposición. Por esto debo empaparme activamente del Espíritu del Padre y tener también un contacto vivo con él. Por eso, Mater, en símbolo de mi total y absoluta entrega a Schoenstatt y los ideales que encierra juraré a tu bandera, nuestra bandera. Este juramento unirá para siempre mi corazón al del Padre ya que seré desde ahora su testigo y su prolongador. Este juramento significa, Mater, mucho para mí. Será desde ahora Schoenstatt lo más importante en mi vida, porque sé que es consagrar mi vida a una gran causa, a un gran ideal.

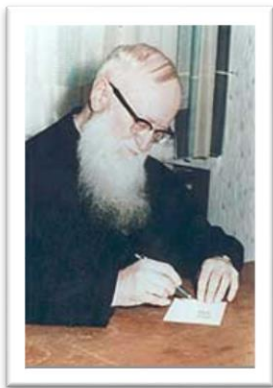
Mater, el ser portadora de Schoenstatt es ser en el fondo portadora del Espíritu y amor del Padre. Ser portadora de Schoenstatt es ser apóstol de Schoenstatt, es prolongarlo y con toda el alma defenderlo hasta lo último. Por eso Mater, juro a la bandera, y la fidelidad del juramento se apoyará en mi confianza en tu protección y la del Padre con quien quedo ahora unida para siempre...

Me incorporo, Mater, en este momento para siempre en la Familia de Schoenstatt porque sé que en ella y en el P. Kentenich has dado una respuesta al mundo de hoy. Su vida será desde ahora mi vida al igual que su destino. Por

ello, Mater, me pongo también a entera disposición del Padre quien desde el cielo nos guía y bendice prolongando su obra en nosotros...

P. Kentenich, desde el cielo te sentí muy cerca, me infundías tranquilidad, la cual se hizo plena cuando recibí tu bendición. Padre, le pido que siempre me ayude, Ud. me conoce, soy muchas veces un poco tontita con Dios, por eso dígame a Dios que me quiera mucho, como hija muy regalona porque necesito de Él. Mater, tu obra, la obra del Padre es ahora también mi obra, ayúdame a darme por entero a ella con toda el alma, con todo mi corazón.

Madrecita, tú me conoces como soy, muchas veces reacia, más tú me ayudaste a descubrir mi verdadero nombre, tabernáculo. Mater, te pido hoy como cosa muy especial que como regalo me des el sentirte a ti, a Cristo, al Padre Kentenich siempre como personas reales y vivas en mi interior. Haz que ya no sea mi corazón el que palpita, sino que sea el vuestro, el del mundo sobrenatural quien palpita en mí. Que mi vida dependa de vuestra vida en mí. Mater, sinceramente te pido que antes que esté en la tierra sin teneros presente como te dije, prefiero morir. Mater, haz que toda mi estadía en la tierra esté impregnada de ti, de Cristo y del Padre, porque esa será siempre mi única razón por la cual viva.



Después de haber leído en común el testimonio dejamos un momento de silencio para que cada uno medite el mensaje que hoy Dios nos quiere regalar a través de esta vivencia.

Queremos que estos mensajes de la vida sean un instrumento, un cuaderno de diálogo del Padre Kantenich conmigo.

Es una carta personal de su vida que yo debo descubrir para mí como un camino de santificación.

Que despierta en mi todo lo leído

Qué me sugiere para la vida

Con qué frase o palabra resumo lo leído (fundamental)
